

Rompiendo Barreras

Laia Vilalta Margalef



Capítulo 1

Miraba por la ventana y podía observar cómo un velo plateado cubría los árboles, mientras una inmensa luna iluminaba todo lo que había alrededor de ese edificio arcaico, creando una atmósfera de fría tristeza. Una suave brisa hacía que las puertas de las ventanas golpearan ligeramente. De repente, oí una voz femenina estridente y penetrante que me heló las venas.

Era posible, reflexioné, que solo fuera un simple producto de mi imaginación, probablemente provocado por el cansancio. Sin embargo, guiada por la curiosidad, me levanté de la cama. Salí de la habitación y al llegar al final del corredor, vi a una mujer esbelta y delgada con ojos negros, vestida con un largo camisón blanco. Me acerqué sigilosamente, pero cuando llegué, había desaparecido.

Entonces, regresé a la cama y me quedé mirando el techo, pensando si lo que había experimentado había sido real o simplemente una pesadilla. Al día siguiente, me desperté desconcertada, dando vueltas en mi mente a lo sucedido la noche anterior. Me preparé una taza de chocolate caliente y mientras la sostenía, perdí la mirada en el horizonte. Decidí ir al baño, lavarme la cara con agua fría y suspiré al mirarme en el espejo, pero nuevamente, apareció la figura misteriosa.

Después de lo ocurrido, me vestí con un vestido de seda que me había regalado mi hermana mayor, Elisa, antes de su fallecimiento. Recuerdo que un día lluvioso, envuelto en niebla, ella decidió salir a cenar con un amigo, a pesar de las condiciones climáticas adversas. Desafortunadamente, fue en ese momento cuando ocurrió el terrible accidente. Mi memoria de ella es vaga, pero mi madre siempre decía que era una niña muy hermosa.

Necesitaba relajarme, así que salí a pasear por el bosque, dejándome envolver por la paz y la tranquilidad de la naturaleza. Al regresar a casa, me encontré con que no había nadie, y se me ocurrió revisar el baúl de madera, que era plano y alargado.

Mientras buscaba entre los objetos, descubrí un álbum cubierto de polvo. Soplé para quitarle el polvo y pude ver que era bastante antiguo. Nunca antes me había detenido a examinar detenidamente todos esos recuerdos, objetos, fotografías, álbumes e innumerables cosas guardadas allí.

Comencé a hojear el álbum y las lágrimas brotaron de mis ojos al darme cuenta de que la mujer que se me aparecía en todas partes era mi hermana, que deseaba comunicarse conmigo. Ahora, consciente de esta

realidad, anhelaba poder reunirme con ella nuevamente.

Minutos más tarde, dejé el álbum en su sitio y volví a esconder el baúl.

"¡Victoria, ya hemos llegado a casa!" dijo mi madre.

"¿Dónde estás?" decía preocupada.

"¡Voy! ¡Bajo enseguida!" contesté, nerviosa.

Descendí rápidamente las escaleras, tratando de ocultar mis emociones, pero mi madre supo que algo me sucedía. Aunque no quise preocuparla, en ese preciso instante solo deseaba estar sola, deseaba que las sombras en mi mente que me perturbaban desaparecieran, intentando romper las cadenas que me impedían ser feliz por mí misma, aunque sufriera en silencio.

Aunque por dentro estaba agonizando de dolor. La muerte se lleva a los seres más queridos y se desvanecen como si nada. Es como si la muerte les diera alas a nuestros familiares y los dejara libres, poniendo fin a la sucesión de problemas y concluyendo con la muerte. Pero debo pensar que en ese álbum están inmortalizados los mejores momentos, eso es lo que hará que ella permanezca a mi lado.

Decidí despejarme un poco de aquel tormento y pasar la tarde en bicicleta, recorriendo las pequeñas rutas y senderos de nuestro pueblo. Regresé a casa exhausta y me fui directo a la cama.

"¡Victoria, es domingo! Deberías preparar tus cosas para mañana", dijo mi madre con tono ansioso.

"Que sí... Ahora lo hago", respondí con cierto tono sarcástico.

Por la mañana, los primeros rayos de luz acariciaban mi rostro. Escuchaba el sonido de mi despertador, el canto de los pájaros y el ruido de la cafetera. Abrí los ojos lentamente y empecé a despertarme poco a poco. Como cada mañana, seguía mi rutina habitual. Salí de mi habitación y me deslicé por la casa, arrastrando los pies hasta la cocina, donde mi madre me esperaba con café y galletas de chocolate. El aroma del chocolate y el café llenaba el ambiente, y disfrutaba de esas pequeñas charlas matutinas, esos detalles cotidianos que me alegraban.

Después de desayunar, me preparé las cosas, me vestí rápidamente y tomé la bicicleta. Bajé velozmente por el camino rodeado de amapolas, y la pendiente me llevaba casi sin esfuerzo, como si el viento o algo invisible me impulsara.

Llegué al colegio, dejé la bicicleta y corrí a clase. Las horas parecían pasar muy lentamente, como si el tiempo se hubiera detenido.

"¡Victoria! ¿Me estás escuchando?" dijo la profesora, con tono de decepción.

"Perdona, profesora. Estaba distraída", respondí.

"Por favor, sal a la pizarra", dijo autoritariamente.

Justo en ese momento, sonó la campana y fui salvada por ella.

Ya era la hora del recreo y fui a refugiarme del sol debajo de un árbol de copa frondosa. Estaba desayunando bajo su sombra, disfrutando de un refresco y algunas golosinas. En un abrir y cerrar de ojos, me encontraba de vuelta en casa, en mi habitación, observando cómo el sol se escondía tras las montañas cubiertas de densos bosques.

Los días pasaban y sentía que la rutina me invadía. Era como si estuviera atrapada en una película donde las escenas se repetían una y otra vez. Sabía que debía emprender un largo viaje en mi vida, dejando atrás mi pasado.

Tomé mi bicicleta como de costumbre, pero esta vez decidí cambiar mi destino. Opté por ir al lago en lugar de ir al instituto. Allí quería desplegar mis alas y sentirme libre, alejándome de la realidad implacable.

Me adentré en lo profundo de estas tierras. Siempre había soñado con escapar a esta parte apartada de la civilización. Dejé caer mi vieja bicicleta oxidada, me quité los zapatos llenos de barro y los calcetines agujereados. Introduje mis pies desnudos en el agua gélida.

Lancé una piedra al lago y me quedé mirando fijamente las ondas circulares que se formaban, aunque el lago seguía en constante movimiento. Escuché ruidos en el bosque y tuve la extraña sensación de no estar sola.

Podría ser algún ave, ardilla, zorro o cualquier animal que habitara en esa zona del planeta en el que vivimos. Podrían ser innumerables cosas: un explorador que descubre una tierra desierta y viaja a través del tiempo. O simplemente, cuando uno está en silencio, se puede apreciar la paz y la tranquilidad a su alrededor.

A veces, me gusta dejarme envolver por esa tranquilidad, disfrutar de mi soledad y desaparecer del mundo por un momento. En esos momentos de calma, me observo reflejada en el agua y reflexiono sobre la vida. Me

pregunto: "¿Quién soy y qué hago aquí?".

Pero ¿qué sucede con mi vida? Me siento desconcertada, me pregunto por qué no puedo existir en un mundo sin complicaciones. Quizás yo misma pueda responder a mis propios enigmas, pero debo dejar de autocompadecerme. Esa es la clave principal de mi enigma.

Entonces, las nubes desaparecerán en un instante y sentiré sed de vivir la vida. A partir de hoy, he decidido que esta vez sí voy a empezar a volar de verdad. Me erguí para iniciar una carrera en mi bicicleta hacia mi casa, pero con una nueva perspectiva del mundo. No debo dejar de avanzar hacia adelante. Mis ojos brillan un poco más y comienza a iluminarse el sendero de mi existencia.

A medida que la noche cae a mi alrededor, puedo ver luciérnagas entre los árboles. Sueño despierta mientras camino y pienso en Elisa. Recuerdo jugar con mi hermana en los columpios del parque. La veo como una chica dulce y cariñosa que me protegía.

Recuerdo cada rincón de ese parque, cada juguete tirado en la arena, cada flor y el calor humano que emanaba. Puedo verla frente a mí, empujándome en el columpio. O cuando me dejaba balancearme sola mientras ella me miraba atentamente, pendiente de que no me hiciera daño. Cada vez que hago ese recorrido en bicicleta y me detengo a descansar en la mesa de picnic del parque, puedo sentir su mirada fija en los columpios.

Aún puedo percibir su presencia como si estuviera a mi lado en ese preciso instante, siento su respiración y su alma protegiéndome en cada paso que doy hacia adelante.

Anhelo persistir en la búsqueda de nuevos comienzos, expandiendo las expectativas de mi vida y rompiendo las cadenas que me obstaculizan. Me sumerjo en ese abismo para conectar con nuevas personas y perspectivas de mi ser que desconocía.

En este camino, aprendo a transformarme, a convertirme en una mejor versión de mí misma sin perder mi esencia, mientras persigo mis objetivos. Aunque enfrento altibajos emocionales, entiendo que son parte del proceso de evolución.

Mediante mis palabras y mis pasos, intento transmitir las sensaciones y sentimientos más viscerales. Mi objetivo principal es liberarme del miedo a buscar la aceptación de los demás y evitar que las miradas y comentarios negativos se claven como cuchillos en mi espalda. Llego a la conclusión de que se trata de hacerme a mí misma las preguntas correctas y reflexionar sobre ellas.